descender y sin dar importancia al caso.

Seguimos detrás de la alegre comitiva hasta la plazuela que hay junto á la ermita de la santa penitente, y allí pasamos el resto de la tarde viendo descargar los carros y pinar el mayo, y oyendo el canto de las chicas, que se percibía mejor y sonaba más dulcemente después de suprimido el otro.

Y eso que la letra dejaba bastante que desear, pues entre los antiguos cantares de corte popular y castizo, mezclaban redondillas modernas compuestas por algún pedante, presuntuosas y llenas de ripios, como ésta, dirigida á la santa:

Esta *hoguera* que traemos,
De tan *mágico* verdor,
Es prueba de nuestro amor,
Por lo mucho que os queremos.

Y esta otra dirigida al público:

En la *hoguera* que llevamos
Entre fuegos y loores,
A nuestros antecesores
Un recuerdo tributamos...

Y la siguiente, que reza con los mozos que han de pinar el mayo:

En vuestra fuerza *briosa*
Hoy, galanes, confiamos,
Para que *arriba* veamos
Esta *hoguera* tan hermosa...

Donde, como se ve, se repetía el desatino de dar al mayo el nombre de *hoguera*...

Hablaba yo con mi primo, el hermano de Isabel, de cosas extrañas á la fiesta, sin perjuicio de mirar disimuladamente á la mejicana, que por un lado de la pandereta me miraba también á hurtadillas.

Mi prima, que estaba delante de nosotros con mi madre y la suya, como ya conocía de otros años las fiestas y estaba muy enterada del programa, se volvía hacia mí con frecuencia para explicarme lo que iban haciendo ó anunciarme lo que venía inmediatamente. «Eso es tal ó cual cosa; ahora van á hacer esto ó aquello.» No pasaban inadvertidos para la mejicana estos coloquios, pues cuando dejaron los coros de funcionar y me acerqué á hablarla, me dijo, después del saludo rituario:

—También ha venido usted á las fiestas, ¿eh?

—También... naturalmente...—la respondí, subrayando un poco la palabra última.

—Sí, ya veo que tiene usted aquí conocidos,—añadió muy discreta, queriendo dar otro sentido á la palabra subrayada.

—Son unos parientes — la dije — con quienes nos hemos encontrado de casualidad, pues no sabíamos que estuvieran aquí...

—¡Ah, son parientes de usted!

—Sí: esa señora que está con mi madre.. porque supongo que á mi madre ya la conoce usted de verla en la playa...

—Sí, la señora condesa de Villamoros...

—Pues esa otra señora es la Marquesa de Pardomino, prima de mi madre, y los dos jóvenes son sus hijos.

—Parece muy simpática la joven, su prima de usted.

—Sí, es muy buena...

Salí del paso lo mejor que pude, y respiré; mas al poco rato comenzó el baile, se armó el corro de las indispensables giraldillas, y tuve que *coger el trébole* diferentes veces con la mejicana y con mi prima, y andar colocado en el corro, ora al lado de la una, ora al lado de la otra, y aun entre las dos, que era una tortura insufrible. Con la una y con la otra procuraba estar poco expresivo, y con las dos estuve demasiado... y demasiado poco, según después fuí conociendo.

Por la noche, después de cenar, había que volver á ver la *joguera* y á ver danzar al redor de ella y al redor del mayo, danza que algunos creen reminiscencia de las costumbres célticas, y que por lo menos debe remontarse á los tiempos de la invasión morisca, pues entre los cantares que entonaba la vieja que guiaba la danza, recuerdo haber oído algo así:

Este castillo de flores,
Mal moro, no me le robes...

y el coro repetía muchas veces como estribillo:

Mal moro, no me le robes.

También cantaban:

Al que rodea esta hoguera,
Buen San Juan verde le venga,
Y buena Pascua florida
Y florida Pascua buena...

Después se soltaban las manos, daban unas palmadas y volvían á danzar con nuevos cantares:

—Naranjal ante mi puerta...
—¿Quién te ha dado la vuelta?
—Naranjitas tiene cuatro...
—¿Quién te ha dado la vuelta?
—Naranjitas tiene cinco...
—¿Quién te ha dado la vuelta?
—Naranjitas tiene seis... etc.

—

—Corre y dalas á tu amiga,
—Corre y dalas á tu amada,
—Cuatro y cinco en una piña,
—Cuatro y cinco en una caña.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y á cada verso se repetía el estribillo

¿Quién te ha dado la vuelta?

ó el otro:

Mal moro, no me lo robes.

Y luego otras palmadas y otra danza con otra letra:

Aquí cortamos los ramos
Los asturianos.
Ramos cortó un caballero,
Ramos cortara un hidalgo.
Por cortar, cortó su dedo...
Por cortar, cortó su mano..

Y á cada verso se repetía: *Los asturianos.*

Después de la danza especial en torno del árbol y de la lumbre, comenzó la *danza prima*, formándose una riestra interminable de personas de ambos sexos cogidas de las manos, que ocupó todo el borde de la plazuela, y se fué escurriendo por las calles hasta la Plaza Mayor, volviendo luego á concluir delante de la ermita. Esta danza, de origen céltico según los eruditos, es la más característica, la más popular en Asturias, y no puede faltar en ninguna fiesta. Los que van á la cabeza de la fila entonan un cantar, y todos los demás repiten el estribillo y bracean atrás y adelante al compás monótono del canto.

El estribillo se compone de tres versos: el primero de cinco sílabas y los otros dos octosílabos, siendo consonantes, ó, por lo menos, asonantes el primero y el tercero. El estribillo de aquella noche, que era especial para la función, decía:

Con estas fiestas
Celebramos vuestro día,
¡Oh, bendita Magdalena!

En la mayor parte de los estribillos usuales, el verso corto no suele tener ligazón con los otros dos, sino que suele ser alguna invocación de la Virgen ó de algún santo, aun cuando luego sea profano lo que sigue; por ejemplo, éste:

¡La Madre Santa!
Ya todas las niñas traen
Corales á la garganta.

Ó este otro del género jocoso:

¡Señor San Pedru!
Quieru sacar los calzones
Per la cabeza, y no puedu.

O este otro:

¡Virgen Sagrada!
Dichoso del marinero
Que cruza la mar salada.

Cuando los mozos de un concejo van á

una romería dispuestos á armar camorra con los de otro concejo, caso que no deja de ser frecuente, suelen anunciar su propósito en la danza, respondiendo con este estribillo:

¡Señor San Pedru!
Traigu un palu de avellanu,
Y en lo que dure no hay miedu.

En las fiestas de la Virgen del Carmen se suele danzar con este estribillo:

Tu escapulario
Le llevo, Madre, á las Indias
Sobre mi pecho colgado.

En las fiestas de la Virgen de la Guía con este otro:

¡Santa María!
En el cielo hay una estrella
Que á los navegantes guía.

En fiestas de San Pedro con éste:

Fué marinero,
También fué apóstol de Cristo
Y tien las llaves del cielo.

En cuanto á los cantares y romances que se cantaban en la danza aquella noche, unos eran dedicados á la santa titular de la fiesta y alusivos á episodios de su vida, como éste:

El que se quiera embarcar
En nave de salvación,
Que invoque á la Magdalena,
Que navegó sin timón...

Otros eran de diferentes asuntos religiosos, resaltando en ellos, por lo regular, la protección de la Virgen á los que la invocan. Verbigracia:

Vengo de la fuente fría,
Vengo de la fría fuente,
Y un galán en el camino
Vino á salirme al *encuentre*.
Palabras de miel me dijo
Como veneno de sierpe;
Llamé á la Virgen María
Y ella vino á defenderme,
Y fué mi guía y mi amparo
Porque la recé tres veces.

También recuerdo este otro muy hermoso:

Mañanita de San Juan,
A la mar salió una lancha;
Remeros llevaba doce
Y un patrón que los mandaba.

Los marineros, saliendo
Por en medio de la barra,
Se encomendaron á Dios
Y á la Virgen soberana.

Llegaron á la alta mar
Tempranito y de mañana,
Y en olas de blanca espuma
La Virgen se les depara...
.....

—Echad vuestras armadijas
Y vuestras redes al agua,
Para que de peces vengan
Toditas, todas cargadas,

Que así recompenso yo
A quien me venera y ama...
.....
¿De quién diremos, Señora,
Que nos hizo merced tanta?

—Que vos la dió una mujer
De las otras extremada,
Y para mejor decir,
Nuestra Señora se llama.

Y así diciendo se fué
Rodeada de nubes blancas,
Y ángeles mil la seguían
A la celestial morada.

También cantaban el tan conocido que empieza:

¡Ay! un galán de esta villa,
¡Ay! un galán desta casa,
¡Ay! él por aquí venía,
¡Ay! él por aquí llegaba...

Y también este otro, de sublime sencillez, en que se cuenta la tentación del demonio á un marinero náufrago:

Mañanita de San Juan
Cayó un marinero al agua,
Y el diablo que diera cuenta
De esta manera le habla:

—¿Qué me das, el marinero,
Si yo te saco del agua?

—Diez navíos traigo al mar
Cargaditos de oro y plata,
Y el mejor de ellos te doy
Porque me saques del agua.

—No quiero yo tus navíos
Ni tu oro ni tu plata;
Quiero que cuando te mueras
A mí me mandes el alma.

—El alma la mando á Dios
Y el cuerpo á la mar salada...

Al retirarnos de la fiesta nos acompañaron mi tía y mis primos hasta la fonda, y como no les pareciera todavía hora de acostarse, subieron á estarse un rato con nosotros.

Isabel se fué hacia el balcón diciendo que hacía calor en la sala, y poco después me llamó para preguntarme si conocía á unos que pasaban, y que no conocí, naturalmente, porque apenas conocía allí á nadie, y de noche menos.

En seguida me dijo:

—¿Con que te has echado novia? Bien, bien...

—¿Por qué lo dices?—la contesté contrariado.

—Porque es verdad, según parece... y veo que tienes buen gusto.

—Pero ¿quién es? ¿A quién te refieres?...

—Vamos, no te hagas el disimulado. ¿O es que quieres que te regale el oído?

—Te aseguro que te equivocas...

—¡Pero si no sabes á quién me refiero!... ¿Cómo sabes que me equivoco?

—Porque no hay nada absolutamente, ni casi la conozco...

—¡Ah! Ya sabes á quién me refiero, ¿eh?...

—Lo supongo, porque tú lo das á entender claramente...

—No. ¡Si no he dicho nada! Es porque tú estás pensando en ella, y es natural... Como que todos dicen que has venido á las fiestas porque ella venía...

—Pues todos los que lo digan se equivocan—repliqué con calor y cada vez más desconcertado.—Créeme, Isabel, que no hay nada, ni pienso en semejante cosa: no tengo con esa mujer más relaciones que las de pura cortesía... Casi no la conozco... Además, ya sabes que no me gusta ninguna mujer...

Estuve para añadir «más que tú», con objeto de tranquilizar á mi prima del todo; pero me pareció una vileza declararla por primera vez mi amor, precisamente cuando ya no la amaba... apenas, y me callé, mordiéndome los labios.

Ella, conociendo mi contrariedad, hizo papel como de querer tranquilizarme, diciéndome con tono aún más dulce y más cariñoso que de ordinario:

—¡Ay! No sé por qué te apuras así, hombre; porque, últimamente, nada tendría de particular... Alguna vez has de casarte... Y lo que es la elección, si lo moral, que es lo más importante, como te he oído mil veces, corresponde á lo físico, no podría ser más acertada... Ya estoy deseando que me presentes á mi futura prima para tratarla... Seremos muy amigas... porque tú no te opondrás á que sea amiga mía, ¿verdad?...

Decía todo esto la pobre Isabel con aparente serenidad, pero sólo aparente, pues detrás de la sonrisa leve y graciosa con que sazonó sus últimas frases, casi se la estaban viendo asomar las lágrimas.

Yo buscaba modo de cambiar la conversación sin encontrarle, y seguí aguantando el temporal hasta que vino mi tía á tenderme un cabo, diciendo:

—Isabel, vamos, hija mía, que ya creo que va siendo hora.

—Cuando usted quiera, mamá,—contestó Isabel; y levantándose mi tía y mi primo, que habían estado contando á mi madre la mucha gente que había y lo apretado que se vivía en Gijón, se dispusieron á marcharse.

Me había enternecido la escena con Isabel, y sin darme cuenta, la apreté mucho la mano al despedirnos.

Después comenzó á remorderme la con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ciencia de andar haciendo así dos papeles, y dí en reflexionar que, sobre no ser cosa laudable, era una majadería lo que estaba haciendo.

—¡Qué buena es Isabel!—pensaba yo.—¡Y cómo me quiere!... Y el caso es que además es muy guapa y muy agradable... todos lo dicen, que es hermosa, y á mí también me lo parecía hasta hace poco... Y lo que es como buena, es una santa... ¡Qué feliz sería yo con ella!... lo más feliz que se pueda ser en el mundo... no me cabe la menor duda... Bueno... y en resumidas cuentas, ¿á qué aspiro yo más que á ser feliz?... ¿A qué aspiro sino á encontrar una mujer buena y vivir en paz con ella, guardando la ley de Dios para poder ir después al cielo?... Y teniendo tan cerca esa felicidad á que aspiro y tan fácil de conseguir, ¿no es un disparate renunciar á ella para ir á buscarla más lejos entre incertidumbres y aventuras?... ¡Qué necio es el corazón del hombre!... á lo menos el mío... Si no conociera yo á Isabel más que de vista, y la tuviera lejos, y encontrara muchas dificultades para llegar á hablarla, y poca seguridad de ser bien acogido, andaría loco por ella: estoy seguro... Pero la veo cerca, conozco la bondad de su corazón, conozco su virtud, sé que me quiere, creo que no necesito más que hablarla un día con formalidad para

hacer mío todo ese tesoro... y en lugar de hablarla así, la hablo con doblez, haciéndola sufrir, y me expongo á sufrir yo mucho más, corriendo tras de lo desconocido y lo incierto... Estoy haciendo una tontería muy grande. No: esto no puede seguir, de ninguna manera... Mañana hablo á Isabel formalmente, y... aquí paz y después gloria... si Dios quiere... Mañana... mañana...

Y me dormí con tan buenos propósitos.